

el invierno del 33 al 32, á Atenas, envió solemnemente su carta de divorcio á Octavia. El rompimiento diplomático entre los dos gobernantes se consumó en Roma, ante el pueblo y el Senado. En primero de enero del año 32, los dos nuevos cónsules, Cneo Domicio Enobarbo y Cayo Sosio, decididos antonianos, aprovechando la ausencia de Octaviano, presentaron al Senado una serie de apasionadas quejas de Antonio contra su rival, entre las cuales las principales se referían á la destitución de Lépido y á la absorción de Africa y Sicilia en favor de Octaviano sin compensación alguna para Antonio, y exigieron la declaración de guerra contra el señor de Occidente. Entónces un tribuno de la plebe interpuso su veto; y á los pocos días se presentó Octaviano con algunos soldados en la alta asamblea, contestó á los ataques de los antonianos con poderosas contraccensuras, y se ofreció á presentar las debidas pruebas que acreditaran sus asertos.

XVII.—ROMPIMIENTO DE ANTONIO Y CLEOPATRA CON OCTAVIANO. GUERRA ENTRE OCTAVIANO Y ANTONIO Y CLEOPATRA. BATALLA DE ACTIUM.

En tales circunstancias, los cónsules creyeron que lo mas prudente era abandonar la ciudad con los senadores á ellos adictos, y dirigirse á Atenas, donde Antonio formó con ellos un contrasenario. Entonces, cuando las cosas tomaban un aspecto tan amenazador, fué funesta para Antonio la presencia de Cleopatra, á quien habia llamado estando en Efeso, y que le habia seguido á Samos y á Atenas; pues no solo las constantes fiestas y juegos dificultaron los aprestos guerreros y la marcha de la política, sino que la reina egipcia era altamente impopular entre los romanos, aun entre los partidarios de Antonio. En Roma, los antonianos no podían prosperar desde que el antiguo general habia insultado la opinión pública con su entrada triunfal en Alejandría, y los romanos que formaban la corte de Antonio se veían humillados por la insolencia y arrogancia de aquella cruel y orgullosa mujer, que temía siempre una reconciliación entre su esclavo y Octaviano y su hermana. Entonces comenzaron muchos de los antonianos notables á pasarse al opuesto bando. Importante en alto grado para Octaviano fué la noticia que le dieron dos de aquellos, Planco y Titio, de que Antonio habia entregado su testamento á las vestales. La opinión pública de Roma perdonó á Octaviano el arte de ilegal violencia que cometió para apoderarse de aquel documento, cuando la lectura de su contenido dió á conocer harto claramente que el imperator, humillando á los romanos, se mostraba un verdadero alejandrino amante de Cleopatra. En aquel testamento no solo se reconocía á Cesarion como hijo primogénito y legítimo de César y se asignaban extensos territorios á los hijos de Antonio y de la reina, sino que éste ordenaba que á su muerte su cuerpo fuese enterrado en Alejandría en la misma sepultura que Cleopatra. Entonces los romanos, á quienes esta última disposición habia indignado, creyeron todo cuanto se les habia referido respecto de las aventuras y locuras de Antonio. La indignación de Roma fué tal que, á propuesta de Octaviano, el Senado retiró á Antonio todos los honores que le habia concedido, y declaró formalmente la guerra. Octaviano, con gran astucia, consiguió que la lucha se declarara contra Cleopatra, no contra Antonio, que en Roma era mas objeto de compasión que de odio, con lo cual no solo se evitaba que muchos romanos de Oriente se levantaran en pro de Antonio, sino que se desacreditaba á este por completo en el caso de que abrazase el partido de su amada é hiciese armas contra la patria.

Bajo el punto de vista militar, la situación de Antonio no era mala, pues disponía de fuerzas considerables. Y como entónces, por tercera vez en el espacio de 20 años, se hizo

un llamamiento general de todas las fuerzas del Oriente para decidir, contra todo el Occidente, el porvenir de Roma, reuniéronse tambien por tercera vez estas fuerzas en la península greco-macedónica, cuya ruina material, asi como la del Asia, habia de consumarse en esta tercera guerra civil. Ya antes de que se declarara la guerra, Antonio y la reina, que disponía de 200 buques, habian reunido en Efeso 800 embarcaciones, de ellas 500 de guerra, en su mayor parte de alto bordo. El rico valle del Nilo proporcionó abundancia de víveres, no escaseando tampoco el dinero, pues la reina poseía por sí sola 20,000 talentos. Antonio, además, no solo habia llamado á los veteranos de todas las provincias del reino, de suerte que podia disponer de 17 legiones, sino que los príncipes vasallos y aliados le facilitaron excelente caballería y tropas ligeras, que muchos de ellos mandaban en persona. Los contingentes árabes y judíos, las tropas de Comagene y Atropatene, los considerables refuerzos de los príncipes cilicio, capadocio y póntico, las tropas del gálata Amintas, las hordas tracias, y las mauritanas conducidas por el mismo Bogud, se dirigieron á la península de los Balcanes, de suerte que Antonio pudo disponer de 120,000 infantes y 12,000 jinetes. Antonio tenia terminado sus aprestos en el otoño del año 32, pero los de Octaviano no presentaban tan favorable aspecto. La postración en que se encontraba el Occidente, especialmente la Italia, hacia en extremo difíciles de soportar las contribuciones que eran indispensables para proporcionarse recursos pecuniarios. La contribución de guerra, que era para los habitantes libres la cuarta parte de su renta anual y para los libertos que poseían mas de 50,000 denarios la octava parte de su capital, dió origen á muchos tumultos que solo pudieron ser sofocados por medio de las armas.

Si Antonio hubiera caído con todas sus fuerzas sobre Italia, la guerra podia haber tomado un giro funesto para Octaviano; pero se contentó con una simple expedición de reconocimiento hácia Corcira, dejése engañar por la falsa noticia de que Octaviano se encontraba ya en los territorios meridionales de Iliria, y cometió la imperdonable falta de permanecer durante todo el invierno en las costas occidentales de Grecia, estableciendo su cuartel general en Patras. El ejército estaba distribuido en pequeños destacamentos por la costa hasta la Mesenia, y su cuerpo principal se encontraba en la Acarnania, en el cabo de Actium, al Sur del golfo Ambracio, de suerte que el ejército de tierra acampaba en las cercanías del templo de Apolo, allí edificado, mientras la escuadra anclaba en un puerto situado fuera del golfo y al Sur del cabo. Los rigores del invierno, las deserciones, la falta de víveres y la peste disminuyeron, durante aquella estación del año 31, el número de marineros en una tercera parte, de suerte que todos los pueblos de Grecia, ya postrados, hubieron de proporcionar por fuerza nuevos contingentes de mar y tierra. Los griegos de Mantinea y de Laconia fueron los únicos que, por motivos cantonales, abrazaron la causa de Octaviano y lucharon en sus filas.

Antonio dejó que, en la primavera del año 31, su adversario inaugurara la campaña. El audaz Agripa surcó las aguas griegas y se arrojó sobre Motone; y Antonio no trató de evitar que Octaviano, cónsul en aquel año, con 80,000 infantes, 12,000 jinetes y 250 buques de guerra, mas pequeños sí, pero mas ligeros que los enemigos, llegase con los principales senadores y caballeros á Brindis, condujese su ejército hácia el Epiro, desembarcase al pié del Acroceraunio, se apoderase de Corcira, y llevase su escuadra al puerto de Comaros, al Norte del golfo Ambracio, á donde se dirigió tambien el ejército de tierra para establecerse en la pequeña península, en donde despues se levantó la ciudad de Nicópolis. Llegado

que hubo á este punto, habia de encontrarse forzosamente con Antonio, del cual solo le separaba el golfo de Ambracia, y cuyas fuerzas habian permanecido inactivas demasiado tiempo. El hábil Agripa pudo, á las espaldas de Antonio, apoderarse de los puertos de Nueva Corinto y Patras y de la isla de Leucades, y librar con éxito un combate naval con Sosio. Varios combates de caballería, que se pudieron empeñar en los alrededores del golfo, fueron adversos á Antonio, á quien la suerte continuaba mostrándose enemiga. Como la llegada de refuerzos se hacia cada vez mas difícil, y el estado sanitario de las tropas no mejoraba en aquellas pantanosas comarcas; y como, la indecisa conducta de Antonio y la arrogancia é insolencia de la reina, habian determinado á la mayor parte de los oficiales de su estado mayor, entre ellos Cneo Domicio Enobarbo, Amintas de Galacia y el caudillo paflagonio, á pasarse sucesivamente al bando de Octaviano, Antonio tuvo que resolverse á dar un golpe decisivo. Dos caminos se ofrecían á este general; ó dirigirse con su ejército de tierra á Macedonia y buscar allí un nuevo campo de batalla, ó intentar desde luego con sus legiones el combate. Por su desgracia, el loco Antonio accedió á los deseos de Cleopatra, que queria librar un combate naval, á pesar de que los grandes buques de su escuadra, provistos de torres de defensa y de piezas de artillería, no tenían las tripulaciones convenientes, estando muchos de ellos tripulados por marinos bisoños, de tal suerte, que antes de la lucha hubo que inutilizar una porción de buques egipcios de transporte.

En la mañana del 2 de setiembre del año 31 dispuso Antonio su escuadra en órden de batalla, poniendo, para mayor seguridad, 20,000 hombres de las legiones, y 2,000 arqueros en los buques que tenían piezas de artillería. Los buques estaban formados en compacta masa á la entrada del golfo de Ambracia, y detrás de ellos estaban colocados 60 buques rápidos egipcios escogidos. Antonio y L. Gelio Publicola mandaban el ala derecha, otros dos legados al centro, y Sosio el ala izquierda. De esta suerte esperó Antonio al enemigo que no tardó en disponerse para el combate; pero los buques de Octaviano, mucho mas pequeños y distantes ocho estadios (24 minutos) del enemigo, y conducidos por Agripa, que mandaba el ala izquierda, mientras L. Arruncio y M. Lurio tenían á su cargo el ala derecha y el centro, aunque acudieron presurosos al lugar del combate, no se encontraron durante largo rato en disposición de atacar con ventaja. Su esperanza descansaba en los conocimientos que desde el año 36 habia mostrado Agripa en el arte de las maniobras, y en el plan de separar á los buques enemigos y destruir sus remos para imposibilitarles todo movimiento, á fin de poderlos luego echar á pique. Al medio día, á la calma chicha de la mañana sucedió una brisa que hizo imposible á la escuadra de Antonio permanecer quieta, y entonces se adelantó Sosio con el ala derecha que se desplegó en alta mar, movimiento que imitó el resto de la escuadra; pero habiendo quedado entre las dos alas de Antonio y el centro una gran brecha, el almirante octaviano Arruncio se precipitó por ella y dió comienzo al ataque. La lucha se hizo muy pronto general, reduciéndose á una serie de combates parciales entre los pequeños buques de Octaviano y los colosales de Antonio. Los elegantes movimientos de las embarcaciones octavianas y los ataques que sus tripulaciones con armas arrojadas dirigian contra las pesadas naves y la artillería enemigas, no podían sin embargo obtener un éxito decisivo, hasta que un inesperado movimiento de los jefes de la escuadra de Oriente fué el comienzo de su ruina. Parece lo mas probable que Cleopatra, que no habia titubeado, en varias ocasiones, en mancharse con sangre, no pudo soportar la batalla, y de repente, aprovechando un viento favorable, cruzó un espacio

que dejaban libres los contendientes, y con sus sesenta buques, que á toda la fuerza del remo seguían á la capitana «Antonia», engalanada de velas de púrpura, emprendió rápida fuga hácia la costa del Peloponeso. Antonio estaba tan obcecado que corrió tras ella á bordo de una ligera pentereme. Sus tropas, que no podían creer en su fuga, lucharon desesperadamente durante muchas horas, hasta que Octaviano, para acabar de una vez, mandó incendiar los buques enemigos con flechas inflamadas y carbones encendidos, armas que al caer la tarde pusieron fin á la resistencia con la destrucción de la enemiga escuadra. En cuanto al ejército de tierra de Antonio, hubo de entregarse al vencedor, despues de haberse resistido fielmente por espacio de siete días; pero cuando su comandante, el legado Canidio, emprendió la fuga, los soldados, no queriendo cumplir la órden que desde el Teneron les habia enviado Antonio, para que regresaran al Asia Menor, se rindieron al vencedor de Actium, el cual desde aquel día asumió la soberanía de todo el mundo romano.

XVIII.—MESIA. MUERTE DE ANTONIO. MUERTE DE CLEOPATRA. OCTAVIANO SE ANEXIONA EL EGIPTO

Conseguida aquella victoria, Octaviano trató de aprovechar sus resultados venciendo la última resistencia que indudablemente se le haría en el Nilo; sin embargo, tenia demasiados asuntos que resolver para atacar desde luego á su adversario, y hubo de dejar que la noticia de la catástrofe de Actium prosiguiera en Oriente su demoleadora obra.

Octaviano perdonó á los partidarios de Antonio que habian caído en su poder, á pesar de lo cual no faltaron en aquella ocasión las correspondientes ejecuciones capitales. Las numerosas masas del ejército se redujeron considerablemente y los veteranos de ambos ejércitos fueron licenciados y enviados á Italia, prometiéndoles grandes recompensas del botín que se esperaba ganar en Egipto. Del resto de las tropas, una parte fué diseminada por las provincias. Agripa se dirigió á Roma, para desde allí vigilar con Mecenas los asuntos de Occidente. Octaviano cruzó la Grecia, ya por completo arruinada, y tomó las oportunas disposiciones para hacer menos sensibles las calamidades que sobre aquel país pesaban, dirigiéndose luego al Asia anterior, donde eligió á Samos para establecer en ella sus cuarteles de invierno. Mientras en todos los lugares del Asia se debilitaba la autoridad de Antonio, y Octaviano tomaba las disposiciones de costumbre en favor de los que ya antes de la batalla de Actium se habian separado de aquel y en perjuicio de los demás, recibió la noticia de que en Italia habian ocurrido nuevos disturbios, lo cual le obligó á regresar á la península. Los veteranos pedían con insistencia y en ademán amenazador las recompensas prometidas y la licencia definitiva. Despues de un viaje que hicieron difícil los rigores del invierno, llegó Octaviano á Brindis, donde logró apaciguar á los amotinados, disponiendo de todos los recursos pecuniarios personales y haciendo nuevas promesas. Hecho esto, debia llevar á cima su última tarea, que era sofocar la sublevación que contra él habia promovido Antonio, aliado con los pueblos getas y dacios del Danubio, en los territorios septentrionales de la península de los Balcanes. El nieto de Craso, Marco Licinio, como procónsul de Macedonia, en el año 29, dirigió con tanta crueldad como feliz éxito la guerra contra los dacios, bastarnios, mesios y otros pueblos tracios, restableció la tranquilidad en aquellos países, defendió las fronteras septentrionales de la Macedonia y preparó la anexión del valle mesio del Danubio, que luego se llevó á cabo.

Cuando Octaviano en persona, durante la primavera del año 30, salió de Brindis, y pasando por Corinto y Rodas llegó á Siria, recibió de Alejandría proposiciones de reconci-

liacion. Antonio se habia reconciliado con su amada, despues de la fuga de la batalla de Actium al Teneron; pero á su regreso al Africa se encontró con que su legado de Paretonion, en las fronteras occidentales de Egipto, L. Pinaro Carso, habia abandonado su causa. En Egipto, Cleopatra, decidida y dispuesta á todos los actos de violencia, apelaba á todos los medios para hacer dinero, y hacia grandes aprestos. Esta mujer, digna hija de Auletes, mandó decapitar al rey de Armenia, á quien habia hecho prisionero, y envió su cabeza al antiguo enemigo de este en Atropatene, para captarse su alianza. Pero el levantamiento del legado romano en Siria, Didio, y la posesion de la importante Paretonion por Cornelio Galo, desde Africa, eran cosas imposibles de evitar, no pudiendo Antonio reconquistar tan importante plaza. El príncipe judío, Herodes, hizo la paz con Octaviano para asegurar su soberanía.

Cuando Octaviano cruzó, en el año 30, la Siria y se aproximó á las fronteras egipcias, intentaron los gobernantes del Nilo entrar en negociaciones con él; pero el astuto calculador que queria incorporarse el reino de los Lágidas, apoderarse de los ricos tesoros de la reina y asegurar su persona para adornar su entrada triunfal, opuso siempre dilaciones y siguió adelante hasta que hubo conseguido la conquista de Pelusio, fortaleza que se alzaba en las fronteras orientales del Egipto. Entonces se dirigió á Alejandría: Antonio ganó un combate de caballería, pero la última gran batalla que contra Octaviano libró, fué terrible para él; pues toda la escuadra se pasó á Octaviano (1.º de agosto), la caballería emprendió la fuga y la infantería, mandada por el mismo Antonio, fué completamente derrotada. Entonces, segun parece, le abandonó Cleopatra, no pudiendo asegurarse si su ambicion y falta de sentimientos la indujeron á vender á Antonio, pactando con su enemigo, como han asegurado algunos modernos historiadores. Los últimos acontecimientos parecen demostrar claramente que Cleopatra, viendo desesperada su situacion, procuró salvarse á sí misma, desembarzándose de Antonio. A este efecto se refugió en un soberbio mausoleo que junto al templo de Isis y en el recinto del palacio real habia mandado construir, y que habia llenado con sus tesoros, y engañó á Antonio, que habia regresado de la batalla convencido de que ella era la causa de la desercion de la escuadra, con la falsa embajada de que habia puesto voluntariamente fin á su existencia. Esto acabó de desanimar al desesperado romano, que puso fin á sus dias con su espada. Todavía respiraba el infeliz Antonio, cuando la reina le hizo saber que no habia muerto: entonces ordenó que le trasladaran al asilo en que se habia refugiado Cleopatra, la mujer por la cual habia sacrificado su fama, su honor y cuanto tenia, y pudo tener á lo menos la satisfaccion de exhalar en sus brazos el último suspiro.

Entonces comenzó la última lucha, la de la astucia, entre Octaviano y Cleopatra: esta trató de conquistar nuevamente, con los atractivos de su talento y de su belleza, el corazon del señor del Estado romano, y en todo caso hacer lo necesario para salvarse y evitar la vergüenza de figurar en la entrada triunfal de los romanos á quienes tanto odiaba. Pero Octaviano, mas astuto que la reina, despreció con frialdad suma los atractivos de aquella hermosa mujer. Sabía que la reina estaba decidida á suicidarse, si era preciso, y á pegar fuego al asilo que encerraba sus tesoros; pero los agentes de Octaviano, Cornelio Galo y Cayo Proculo, consiguieron penetrar astutamente en aquel recinto, apoderarse de los tesoros de Cleopatra y obligar á esta á regresar á su palacio, donde fué tratada como verdadera

reina. Cuando Cleopatra, en una entrevista que tuvo con Octaviano, se convenció de que no conseguiria ganar su voluntad ni evitar la vergüenza de yerse en la entrada triunfal del triunviro, decidió morir como hija libre de la antigua casa de los Lágidas. Burlando la vigilancia de los romanos, dióse la muerte, probablemente haciéndose morder por un áspid venenoso que, oculto entre una cesta de fruta, habia logrado hacer entrar en su habitacion (29 de agosto del año 30).

La casa de los Lágidas quedó extinguida. Octaviano, no por crueldad ni por apasionamiento, sino guiado por la fria razon de Estado que le hacia parecer desapiadado, siempre que lo creia necesario, no titubeó en decretar la muerte de Cesarion, hijo de César y Cleopatra y la del primogénito de Antonio y Fulvia; decretando tambien algunas ejecuciones de los principales antonianos, y de Casio Parmensis, último asesino de César que cayó en sus manos. Tambien pereció entre tantos horrores un hijo del ex-triunviro Lépido que, sin saberlo su padre, habia tramado una conjuracion contra la vida del vencedor de Actium, conjuracion de que tan repetidos ejemplos nos ofrecen los anales de los emperadores de Roma. Entonces comenzó el período del perdon, y el sol de la paz brilló de nuevo en el Estado universal, que se extendia desde el Eufrates al Atlántico. Solo desde el interior del Oriente amenazaban aun difíciles luchas á los romanos: la vergüenza de Carres y las derrotas de Antonio en la guerra contra los partos no habian sido todavía vindicadas.

Además, el alejamiento de las tropas romanas y de una parte de las indigenas medas de Atropatene y Armenia, que Antonio habia dispuesto para utilizarlas en la batalla de Actium, habian permitido á los partos, no solo someter, en el año 30, la Atropatene, sino tambien sentar en el trono armenio al príncipe Artaxias, con el carácter de vasallo suyo. Pero la suerte de Octaviano quiso que la política cruel de Fraates IV hubiese creado desde el año 35 poderosos enemigos á aquel pueblo, y que por fin el Arsácida Tiridates II, vencido en tales luchas y obligado, en el año 30, á dirigirse á Siria, buscando refugio entre los romanos, se llevara consigo á un hijo de Fraates, á quien Octaviano condujo en rehenes á Roma.

La celebridad histórica del vencedor de Actium llegó, pues, á su colmo, por haber conseguido que el último giron de la monarquía de Alejandro, el soberbio reino de los Lágidas pasara á ser una provincia del imperio romano. El poder de los romanos, como señores del Mediterráneo, habia llegado entonces á su colmo, bajo el punto de vista geográfico. Arreglado que hubo Octaviano estos asuntos, se dirigió de nuevo á Siria para establecer sus cuarteles de invierno en la provincia de Asia, donde comenzó, en 1.º de enero del año 29, á ejercer su quinto consulado; y cuando, despues de haber despachado infinidad de asuntos, llegó coronado de los laureles de la victoria al suelo itálico, pudo, investido por el Senado de todos los honores, celebrar en los dias 13, 14 y 15 de agosto del año 29 sus triunfos de Dalmacia, Actium y Egipto, distribuyendo con gran liberalidad, entre los soldados y el pueblo, los tesoros de Cleopatra, pagando sus deudas, cumpliendo sus promesas, y condonando, como un acto de gracia, todos los impuestos atrasados y las prestaciones debidas al erario público. A la celebracion de la victoria siguieron, durante muchos dias, pomposos juegos y fiestas, llevando á cabo Octaviano el acto de cerrar el templo de Jano, con lo cual se simbolizaba el restablecimiento de la paz universal con tanto entusiasmo acogida. Quedábale sin embargo á Octaviano una nueva y difícil tarea que cumplir, que era la fundacion de la monarquía de los Césares.

ÍNDICES DEL TOMO SEGUNDO

HISTORIA DE LA ANTIGUA PERSIA

	Páginas		Páginas
PREFACIO..	I	Jerjes sofoca la rebelion de Egipto y Babilonia. — Empresa de Grecia. — Puentes sobre el Helesponto. — Ejército de Jerjes. — Las Termópilas. — Muerte de Jerjes. — Monumentos de su tiempo. — Costumbres. — Revueltas al principio del reinado de Artajerjes. — Restablece el órden y la hacienda. — Efimeros reinados de Jerjes II, de Sogdiano y de Darío II (Oco).	53
LIBRO PRIMERO			
REMINISCENCIAS DE LOS TIEMPOS MAS REMOTOS			
CAPÍTULO ÚNICO. — <i>Dominacion de los medos.</i> — Origen de los persas. — La Media. — Tribus que la poblaron. — Caminos construidos por los asirios. — Ruinas y antigüedades medas y asirias. — Sistema político de los medos. — Organización de los curdos y afganes. — Idem de los antiguos persas. — Deyoces. — Fundacion de Ecbatana. — Sus principales edificios. — Fraortes, sucesor de Deyoces. — La Armenia: division de este país, sus principales montañas, rios y caminos. — Primitivos pobladores. — Sus conquistadores. — Tiglatpileser I. — Salmanasar. — Sargon, sus guerras con Ursa. — Reincorporacion de la Armenia al imperio medopersa. — Fraortes declara la guerra á los asirios y es derrotado. — Ciaxares; sus preparativos para conquistar la Asiria; se apodera de Ninive. — La Lidia. — La Troade. — Bosquejo histórico de ambos países. — Giges y Astiages. — Harpagos propone al persa Ciro la conquista de la Lidia.	1		
LIBRO SEGUNDO			
DOMINACION DE LOS AQUMÉNIDES			
CAPÍTULO PRIMERO. — <i>Primeras conquistas de Ciro.</i> — Antecesores de Ciro: su infancia. — Descripcion del distrito de Persis: usos y costumbres de sus habitantes. — Montañas y caminos de Persia. — Rios. — Tribus. — Alianza de Ciro con Tigranes, rey de Armenia. — Pásase á los persas la mayor parte del ejército de Astiages, mandado por Harpagos. — Ciro vence á los medos, haciendo prisionero á su rey Astiages. — Otras naciones sometidas por Ciro. — Bactriana, Corasnia, Chiva; sus antigüedades. — La Susiana. — Riquezas, lujo y afeminacion de los lidios. — Opulencia de su rey Cresos, y sus ofrendas á los templos de Grecia. — Preparativos de Ciro para conquistar la Lidia. — Pteria: sus ruinas. — Batalla de Pteria; ardid de Ciro: los lidios se encierran en Sardes. — Ciro se apodera de esta ciudad, haciendo prisionero á Cresos, á quien perdona la vida. — Harpagos, general de Ciro, somete las ciudades griegas de la Jonia. — La Lidia: reseña histórica, monumentos. — La Cilicia.	9		
CAP. II. — <i>Ciro.</i> — Continuacion de las conquistas de Ciro. El Avesta y el Libro de los Reyes. — Datos históricos que pueden sacarse de estas obras. — Tajmuraf. — Jima. — Feridun. — Dahaka. — Rustam. — Lohrasp. — Gustap. — Conquista de Babilonia por Ciro. — Magnificencia de su corte. — Su muerte y su sepulcro.	16	CAP. V. — <i>Artajerjes II Mnemon</i> , 404-361; <i>Artajerjes III Oco</i> , 361-336. — Rebelion de Ciro el menor. — Batalla de Cunaxa. — Retirada de los Diez mil. — Política de Artajerjes II. — La reina Parisatis. — Su ferocidad. — Muerte de Artajerjes II y elevacion de Artajerjes Oco. — Sus crueldades y tiranía. — Muere envenenado.	60
CAP. III. — <i>Cambises (Kambuziya)</i> , 529-522. — <i>Darío I</i> , 521-485. — Asesinato de Smerdis. — Invasion del Egipto. — Expedicion á Merop, Abisinia y al oasis de Amon. — Desgracias del ejército. — El falso Smerdis. — Muerte de Cambises. — Muerte del usurpador y elevacion de Darío. — Reconquista Darío una gran parte del imperio. — Organización interior del país. — Tribunales. — Castigos. — Idioma. — Moneda. — Religión de Zoroastro. — Monumentos del tiempo de Darío.	24	CAP. VI. — <i>Darío Codomano</i> , 336-330. — <i>Alejandro</i> , 331-323. — Alejandro pasa el Helesponto. — Guerra entre Alejandro y Darío. — Batalla del Gránico. — Batalla de Iso. — Inmenso botin. — Prision de la familia de Darío. — Alejandro pone sitio á Tiro y Gaza, penetra en Egipto y la Siria y llega hasta Ninive. — Batalla decisiva de Arbela. — Darío se retira á Ecbatana. — Es asesinado por sus generales. — Alejandro, dueño del imperio persa, celebra sus bodas con Roxana. — Visita el delta del Indo. — Vuelve á la Persia y muere en Babilonia. — Division del imperio de Alejandro.	64
LIBRO TERCERO			
DOMINACION DE LOS PARTOS			
CAPÍTULO ÚNICO. — <i>Dinastía de los arsácidas.</i> — Arsaces I, fundador de la dinastía, 250-248. — Tiridates, 248-214, consolida su imperio. — Artabano, 214-196. — Fraapatro, 196-181, extiende las fronteras del reino. — Fraates, 181-174. — Mitridates, 174-136; importancia que adquiere el país bajo su reinado. — Fraates II, 136-127. — Guerra con la Siria. — Artabano II, 127-124. — Mitridates II, 124-87. — Sus guerras con los escitas. — Mnasciras, 87-77. — Sanatroices, 77-68. Durante su reinado ocurre la primera guerra entre Mitridates del Ponto y los romanos. — Fraates III, 68-60. — Sus tratos con Pompeyo. — Mitridates III, 60-65. — Orodos, 56-37. — Guerras con los romanos. — Craso entra en la Mesopotamia. — Derrota de Craso por las tropas de Orodos. — Su hijo Publio y sus oficiales se dan la muerte. — Resultados de la derrota. — Muerte de Craso. — Fraates IV, 37-2. — Fraates V, 2 á 6-4 de C. — Orodos II, 4 de C. — Vonon I, 4-12. — Artabano III, 12-42. — Breves reinados de Bardanes, Gotarces y Meherdates, 42-51. — Vonon II, 51. — Reina dos meses. — Volagases, 51-78. — Guerras con su hijo Bardanes. — Pacoro, 78-108. — Cosroes, 108-130. — La Armenia queda reducida á provincia romana. — Volagases II, 130-148. — Volagases III, 148-190. — Volagases IV, 190-209. — Fin de la dominacion de los arsácidas con los breves reinados de Volagases V y Artabano IV, 209-226.	68		
LIBRO CUARTO			
DOMINACION DE LOS SASÁNIDAS			
CAPÍTULO PRIMERO. — Ardeschir I, fundador de la dinastía. — Vence al rey Artabano y ocupa sulugar. — Devuelve á los arsácidas sus bienes: dota los templos y restituye su antiguo			